



Núm. 33. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 2 Setiembre 1872. | Se publica en diez distintos idiomas.— Año XXII.

EDICION DE LUJO

48 números al año, ilustrados con más de 3.600 grabados en el texto, gran número de patrones y dibujos, y además 48 figurines iluminados.

Madrid	Un mes.	12 rs.	Tres meses.	38 rs.
	Tres meses.	32	Seis meses.	74
	Seis meses.	62	Un año.	144
	Un año.	120		

En las islas de Cuba y Puerto-Rico un año 10 ps.—En Filipinas y el Continente de América 15 ps.

DIRECTORA, ÁNGELA GRASSI

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza de Prim, núm. 2 — Madrid

Los pedidos de suscripciones pueden hacerse a la misma Administracion en libranzas de Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de Correos en carta certificada, pues la Admon. no responde de los extravíos.

EDICION ECONOMICA

48 números al año, ilustrados con más de 3.600 grabados en el texto, gran número de patrones, y 12 figurines iluminados.

Madrid	Un mes.	4 rs.	Tres meses.	24 rs.
	Tres meses.	20	Seis meses.	46
	Seis meses.	38	Un año.	84
	Un año.	72		

PUNTOS DE SUSCRICION. — Madrid: Administracion, Plaza de Prim, 2; Hijos de Pelegrini, Caballero de Gracia, 8; librería de Cuesta, Carretas, 9; Bailly-Baillière, Plaza de Topete; la Publicidad, Pasaje de Matheu; L. Lopez, Carmen, 20; Durán, Carrera de San Jerónimo, 8; Sanchez Rubio, Carretas, 31; Gujardo, Preciados, 7; Moya y Plaza, Carretas, 8; Gaspar y Roig, Izquierdo, 4; San Martín, P. del Sol; y Administracion de EL CASCABEL, Plazuela de Matute, 2. — PROVINCIAS. En Barcelona, en la Administracion del CORREO DE LA MODA, calle del Carmen, 24, 4.º; en Valencia, en casa de D. José Orga, y en los demás puntos en las principales librerías y Administraciones de Correos. — En París Mr. François Ebbhardt, 53, rue Vivienne, près le Boulevard, y C. A. Saavedra, 53, rue Talbott.

SUMARIO.

La puerta de Arenas, por Ángela Grassi. — A un pensamiento, poesía, por A. Alcalde Valladares. — Las almas buenas, poesía, por el Doctor Lopez de la Vega. — Luz y sombra, poesía, por Gerardo Couder. — Ausencia, poesía, por Salvador Almela Roig. — Las mujeres del serrano, por Fermín Herrán y Tejada. — Apuntes de viajes, por Nicacio Alvarez. — Una historia de otros días, por Vicente Vences. — El antifaz de terciopelo, por E. de Mendoza y Feijó. — Explicación del figurín. — VARIEDADES: Correspondencia. — Charadas. GRABADOS. — Isla de Fernando Póo: El rey de los bubies de Basupa y su familia. — Vista panorámica de la ciudad de Méjico. — Puente colgante sobre el Tajo en el Real Sitio de Aranjuez.

das extranjeras mas que exigües muestras de sus preciosos frutos, y no es extraño por lo tanto que hasta cierto punto fuesen tratados con desvío.

La guerra de Troya no sería inmortal en los fastos de la historia, si no hubiese tenido un Homero que la cantase; ni tan conocidos los paisajes de la Grecia, si no los hubiese hecho célebres la mano del divino Apeles.

Los antiguos artistas españoles, graves y ascéticos, te-

sol, sus flores, sus perfumes, sus bellas ciudades árabes y sus mujeres más bellas todavía, llenarían el mundo de cuadros, grabados y vistas fotográficas!

Y si poseyesen nuestras góticas catedrales, nuestros bellísimos monumentos, nuestras majestuosas ruinas, en donde está escrita con sangre la historia de tres ilustres pueblos, los romanos, los godos y los árabes, ¡cuántas epopeyas brotarían de su pluma! ¡Cómo ensordecían los oídos de todas las naciones del universo con la enumeración de tales maravillas!

cion de tales maravillas!

Pero ¡ay! si antes los religiosos españoles solo veían a Dios en la creación digno de recibir las primicias de su genio, ahora, ¡rubor causa el confesarlo! ahora ciegos, deslumbrados por la palabrería extranjera, se han convertido en sus serviles imitadores, y van a beber la inspiración en campos que no son sus campos, y buscan los héroes de sus poemas en los pigmeos de otros países, sin acordarse de levantar la lápida del sepulcro donde duermen sus titanes.

¡Vergüenza

y oprobio para esos hijos espúreos de la madre patria! ¡Insensatos! Olvidan que es imprescindible ley del destino que aquellos que no cubren de laureles el polvo de sus antepasados, hallen yerma su sepultura. ¡Insensatos! ¡En vano se agitan, se atormentan y se afanan, buscando una mentira y quebradiza gloria!

El hombre muere: los pueblos son inmortales.

Un cuadro, un libro que solo se refieran a objetos frívolos, son hojas que arrebatara el viento en su torbellino

LA PUERTA

DE ARENAS

(Tradición.)

Dedicada al eminente publicista Sr. D. Francisco Pacheco.

A muy poca distancia de Jaén, escondido entre fragosas sierras, hay un lugar tan pintoresco y delicioso, que nada tiene que envidiar a los celebrados paisajes de la Suiza. Pero España es un rincón del mundo, y solo vienen a visitarla los verdaderos amantes de lo bello, ó aquellos a quienes sobran el tiempo y las riquezas, mientras la Suiza, enclavada en medio de naciones civilizadas y poderosas, ofrece un continuo tránsito a millares de pasajeros, que pueden admirar y encarecer sus contrastes peregrinos.

Además, los españoles, más orgullosos que vanos, no encomian con fastuosa prosopopeya los ricos tesoros de su suelo; y sobrado indolentes, apenas cultivan esos dilatados campos, que en otras manos serían fuentes inagotables de riqueza. Hasta ahora, sin medios de transporte ni de exportación, apenas ofrecían a las jactanciosas mira-

nian demasiado fijos los ojos en el cielo para fijarlos en las cosas de este mundo.

¡Ah, si la sombría Inglaterra, si la Francia, ¡poseyesen las deliciosas huertas de Valencia y Murcia, si tuviesen provincias tan pintorescas como Cataluña y Asturias, campos tan fértiles como los de Galicia y Extremadura, paisajes tan poéticos como los de Aragón y las Provincias Vascongadas; si poseyesen sobre todo Andalucía, la hermosa Andalucía, ¡verdad del universo, con su esplendido



ISLA DE FERNANDO PÓO: EL REY DE LOS BUBIES DE BASUPA Y SU FAMILIA.

para sepultarlas en el seno de la nada; un cuadro, un libro que estén encarnados en las glorias pátrias, que pinten las costumbres y pasiones de nuestra sociedad contemporánea, ó ensalcen la hermosura de nuestras fértiles comarcas, siempre despertarán la curiosidad y el interés de las generaciones venideras, y serán tan eternos como los picachos de nuestros montes, las columnas de nuestros templos y la memoria del pueblo, cuya fisonomía habrán sabido delinear con mano diestra.

Bien es verdad que en esta época de fugitivas impresiones y de ambiciosa impaciencia, los artistas prefieren grabar su nombre sobre el hielo que sobre mármoles eternos. ¡El hielo herido por los rayos del sol despide un brillo mas hermoso! ¿Qué importa que luego se convierta en cieno? ¡La divisa del siglo es hoy... Mañana es un poco de humo que puede disipar el viento!

Por estas razones, apenas saben la mayor parte de los españoles que á cinco leguas de Jaen, entre sierras fragorosas, se halla la asombrosa puerta de Arenas, llamada así por estar tajada de N. á S., pasando por la abertura el rio Mestas, que corre hácia el N. entre montañas, hasta juntarse al de Jaen, muy cerca de la ciudad del mismo nombre.

Esta puerta, que sirve de paso para la provincia de Granada, tiene ocho varas de abertura, formada por dos elevadísimos montes, cuyas cimas se esconden entre las nubes.

Imposible es imaginar nada mas pintoresco que el paisaje que allí se ofrece á la vista, lleno de severa magestad y selvática belleza. Aquellos picos cortados y casi suspendidos en los aires, que se dibujan á lo lejos sobre el azul del cielo; las laderas cubiertas de antiguos pinos, que sombrean angostos pero fértiles vallecitos, llenos de flores y árboles frutales; los mil arroyos y fuentes que fertilizan su término, y que aquí son mujidoras cascadas, allá espumosos torrentes, y mas allá, reuniéndose, forman el rio Valdearazo, que corre á veces encajonado entre peñascos, y á veces atraviesa mansamente la campiña saludando con apacible murmullo los cañaverales que crecen en sus orillas, todo esto forma un conjunto tan imponente y bello, que no le es dado á humana voz el describirlo. Allí, en medio del magestuoso silencio, turbado solo por los ecos que repiten el mugido de las cataratas y los ayes del vendabal, ó por el aleteo de las aves de rapiña y el derrumbamiento de las piedras, el hombre siente elevarse su alma hasta Dios, y que aflojadas sus mortales ligaduras se cierne orgullosa y feliz en los espacios. ¡Allí, delante de aquella escena solemne, leyendo en los agrupados peñascos, que son páginas de sus libros inmortales, toda la magestad del Creador, el hombre abjura sus ídolos mundanos, é inclinándose indeliberadamente, cree, espera y adora!

Pero si son pocos los que conocen la existencia de este magnífico paisaje, menos son todavía los que saben la graciosa tradicion que está aneja á aquellos sitios.

Como un nido de águilas, escondido entre las rocas, se halla escondido entre aquellas breñas un hermoso pueblecito. Es Campillo de Arenas, cuyos habitantes son tan robustos como la naturaleza que los rodea; puras sus costumbres, como las próximas áuras del cielo que mecen el capullo de sus flores.

Hé aquí cómo cuentan los ancianos del pueblo esta vieja historia, mostrando una ermita derruida, que se descubre aún á las márgenes del Mesta.

Era en aquellos tiempos en que los moros se solazaban como dueños de los jardines de la bella Andalucía; pero ¡cosa extraña! en la Iglesia de Campillo nunca había dejado de brillar la sacrosanta Cruz de los cristianos.

Y es que era señor de aquellos lugares Bermudo Mendoza, llamado *Brazo de hierro*, el mas cumplido y el mas esforzado caballero entre los que rendían homenaje á Sancho García, el monarca de Castilla.

Pero ¡ay, que el tiempo despoja de sus hojas hasta á los augustos cedros! ¡Ay, que la negra cabellera de Bermudo se había vuelto blanca, y su brazo cedía bajo el peso de la espada!

El anciano caballero lloraba incesantemente, y lloraba con mayor desconsuelo porque Dios no le había concedido ningún hijo varon que perpetuase la gloria de sus hazañas.

Dios no le había dado mas que á dos hijas, Jimena y Claudina. Claudina era tierna y delicada, como las flores que solo pueden abrir su corola en los invernaderos, y en ella estaba cifrada toda la ternura de su padre; Jimena era como esas flores selváticas que crecen entre las breñas y desafían las tempestades.

¡Es que la triste Jimena jamás había sido amada!

Había nacido la primera, y su padre nunca pudo perdonarla que hubiese burlado su esperanza de obtener un heredero de su nombre.

¡Pobre Jimena!

Vagaba siempre sola por entre los bosques, sin hallar nunca en derredor de sí ni una sonrisa amiga.

Á veces, cuando llena de afecto se lanzaba al encuentro del anciano, éste, al contemplar su elevada estatura, su magestuoso ademán, la apartaba de sí con enojo, murmurando:

—¡Por qué no será un hombre!

Jimena, para conquistar su cariño, se había dedicado desde la edad más tierna á los ejercicios varoniles, y jamás faltaban á Bermudo sabrosos javalies para su mesa, ni ricas pieles de oso para calentar sus miembros ateridos.

Una vez que los moros habían osado trepar por las empinadas crestas de Campillo, Jimena se mezcló con los guerreros cristianos, y defendió con ellos bizarramente los hogares pátrios.

Pero su intrepidez no hacia mas que aumentar el dolor del anciano caballero.

—¡Qué importa! decía mesándose la blanca barba; ¡si no puedes transmitir mi nombre á los lejanos siglos!

Y mientras la triste Jimena languidecía falta de amor, como las plantas faltas de riego, Claudina languidecía por su exceso, y se sentía devorar por el tedio, en medio de las tiernas solicitudes de que se hallaba incesantemente rodeada.

Sin embargo, de pronto ambas hermanas parecieron vivificarse por una causa ignota, y en las mejillas de ambas volvieron á brillar las flores de primavera.

¿Quién podía ser un jóven cazador que venia de muy lejos á buscar á las fieras ocultas en sus guaridas? Nadie lo sabía.

¿Por qué se le veía vagar tan á menudo en derredor de la casa de Mendoza? ¿Es que amaba á Jimena? ¿Es que amaba á Claudina?

Los unos contaban haberle visto pasear con la primera por las orillas del Mesta; los otros referían que de noche le habían oído cantar amantes trovas bajo las ventanas de la segunda.

Una noche rujía la tempestad y los relámpagos encendían la bóveda del cielo.

Bermudo y Jimena estaban sentados el uno al lado del otro en el espacioso salon de su casa solariega.

Ambos estaban tristes, ambos guardaban silencio.

Los negros presentimientos batían sus alas sobre sus cabezas, inclinadas hácia el pecho.

—¡Señor! exclamó repentinamente la dueña Ermenegarda, precipitándose en el salon. Claudina ha huido con un caballero!... ¡Van ambos montados en un córcel rápido como los vientos!...

—¡Claudina, mi bien, mi amor! ¡Mientes, anciana, mientes! gritó Bermudo fuera de sí.

—¡Lo juro, señor! repuso Ermengarda bañada en llanto... ¡Los he visto alejarse á la luz de los relámpagos, y huían hácia la puerta de Arenas!...

—¡Pronto, pajes, escuderos, soldados, pronto!... ¡Mis armas, mi caballo!...

Así gritó el anciano, dando repetidos golpes sobre un timbre...

Sus servidores, despavoridos, acudieron en tropel.

Bermudo quiso vestirse apresuradamente su armadura, pero le faltaron las fuerzas, y cayó sobre el sillón anonadado.

—¡Miserable, miserable viejo! murmuró golpeándose la cabeza con desesperada furia; ¡devora tu afrenta en silencio! ¡Tú no puedes vengarte, no hay nadie que te vengue!...

—¡Padre, padre! exclamó Jimena vistiéndose la armadura del anciano y ciñéndose su espada vencedora: ¡os juro vengar vuestro honor ó perecer en la demanda!...

Y se lanzó fuera de la estancia. Mandó ensillar su caballo: partió...

La noche era oscura, oscura...

Los truenos, despertando todos los ecos de los montes, producían un estruendo tan grande como si se desmoronase el universo; los relámpagos, iluminando el paisaje con su luz rojiza, parecían querer convertirle en una anchurosa hoguera...

Jimena saltaba torrentes y precipicios, trepaba por peñascos inaccesibles, dejaba atrás los llanos... Su veloz córcel, en vez de correr, volaba...

Pero en vano prestaba oído: los ecos no le traían mas rumor que el de los vientos, que chocaban entre sí, arrancando de raíz los árboles seculares.

—¡Oh, Virgen de los Milagros! exclamó bañada en llanto; ¡permite que salve á Claudina, y prometo erigirte una ermita, y cubrir tu altar de flores mientras dure mi existencia!

Y diciendo así, espoleaba con nuevo ardor á su caballo, que aumentaba la fantástica rapidez de su carrera...

De repente creyó oír el murmullo de dos voces: se paró... aguardó un relámpago...

Brilló al fin su luz siniestra, y á su favor divisó á Claudina y al caballero en un profundo barranco bañado por el Mesta.

El caballero estaba ocupado en desamarrar un barquichuelo, sujeto por una cuerda á la punta de una roca.

Los fugitivos habían llegado hasta aquel sitio por una senda muy practicable y conocida de Jimena; pero para ir á buscarla, hubiera tenido que dar un larguísimo rodeo. Desde el sitio en donde se hallaba, para descender á lo profundo, era preciso que lo hiciera por un despeñado erizado de maleza.

No había tiempo para vacilar... Si los fugitivos entraban en la barca, Claudina estaba perdida...

—¡Virgen de los Milagros, guíadme! exclamó Jimena.

Picó espuelas al caballo... bordeó la espantosa cima, y descendió intrépidamente hasta el abismo...

Ya el caballero había levantado en sus brazos á Claudina: ya iba á deponerla en la barca salvadora...

—¡Detente, Roman, detente! exclamó Jimena, lanzándose á su encuentro; ¡para huir es preciso que yo perezca!

—¡Qué me quieres? gritó el caballero. ¿Eres acaso nigromántico, para llegar hasta mí por tal camino?

—¡En guardia, en guardia! prosiguió la jóven, amenazándole con la punta de su espada.

Claudina se había desmayado. Su amante la depuso sobre la yerba, sacó el acero, y se lanzó sobre su desconocido adversario.

Durante algunos momentos, el combate fué encarnizado y terrible... Por fin la espada del caballero hizo volar en pedazos el casco de Jimena, y la negra cabellera de la jóven se esparció sobre sus espaldas.

Su enemigo la reconoció á favor de los relámpagos.

—¡Jimena, Jimena! dijo, ¡por qué me persigues? ¡Te amé, ya no te amo! ¡Tú eres una estrella; ví al sol y quedé ciego!... ¡Vete, déjame cumplir mi destino!

—No es Jimena que viene á pedirte cuenta de su amor burlado, exclamó la jóven; es la hija de Bermudo, que viene á pedirte cuenta del honor de su familia... ¡Sé esposo de Claudina y te perdono!... ¡Volvamos á Campillo!...

—¡En Campillo no puedo sersu esposo, en Jaen sí, que es á donde voy á llevarla!

—¡Nunca!

El caballero dudó un instante.

—¡Sábelo, pues es preciso, murmuró al fin con voz sorda; ¡yo no soy Roman, no soy cristiano!... ¡Soy Azor, el hijo del rey moro de Jaen!...

La jóven, como herida del rayo, dejó caer la espada, y retrocedió algunos pasos.

Azor, aprovechándose de su aturdimiento, cogió á Claudina entre sus brazos y corrió hácia el barquichuelo.

—¡Virgen de los Milagros! ¡Vigen santa! exclamó Jimena con desesperación; permite que el rio crezca en su cauce, y que la barca desaparezca entre sus ondas.

Y ¡oh milagro! retumbó el trueno, serpenteó el rayo, y los torrentes empezaron á precipitarse espumosos y mujidores de peña en peña, y el rio fué creciendo, creciendo, hasta tocar las nubes...

La barquilla zozobró algunos instantes, y luego quedó sepultada entre las aguas...

Azor cayó de rodillas.

—¡Gloria, gloria al Dios de los cristianos! dijo hundiendo en el polvo la atrevida frente.

Cuando el nuevo sol apareció radiante sobre el hermoso cielo de Campillo, alumbró la alegría de sus habitantes, que solemnizaban con festejos un inaudito suceso.

La enseña de Cristo había conquistado un defensor: Bermudo tenía un hijo.

El primogénito del rey moro de Jaen se había hecho cristiano, casándose con Claudina, la más bella entre las bellas de aquellas serranías, y adoptando como suyo el nombre invicto del anciano caballero.

Jimena no tuvo jamás esposo: Jimena no tuvo hijos.

Mandó construir una ermita en el mismo sitio en donde tuvo efecto el milagro, y trocando su corona de heroína por la espléndida corona de los santos, pasó su vida cubriendo de flores el altar de la Virgen hermosa, escudo del inocente, amparo del desvalido.

¡Oh, tú que eres tan amante de las glorias de nuestra España, si vas alguna vez á visitar la mágica puerta de Arenas, no dejes de poner una siempre viva en la modesta tumba de Jimena, que muestran aun los campesinos á espaldas de la ermita!

ÁNGELA GRASSI.

Madrid 27 de Octubre de 1863.



1040

186

EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para la Señoras

Plaza de Prim. II, 3.



A UN PENSAMIENTO.

EN EL ALBUM DE P.

Preciosa flor arrancada
del tallo que te dió vida,
flor que te meces prendida
sobre su sien nacarada.

Flor de encantados colores
que herida por sus antojos
bebes la gracia en sus ojos
y en su boca los amores.

Flor que dejando su frente
vas á dormirte en su pecho,
tranquilo y hermoso lecho
del corazon inocente,

Antes de espirar allí
sobre su fuego marchita,
dí si su pecho palpita
y si palpita por mí.

A. ALCALDE VALLADARES.

LAS ALMAS BUENAS.

SONETO.

¡Cuánto sufren las almas delicadas!
¡Qué tremendo dolor las desespera!
—Flores son de brillante primavera,
Del terrible Aquilon siempre azotadas.
En todas sus acciones elevadas,
En el mundo venal no les espera
Más que lucha infernal, terrible y fiera,
Siempre, siempre del mundo maltratadas.
Por eso Dios con celestial encanto
Les ofrece un dulcísimo consuelo,
Que hace enjugar los mares de su llanto,
Y al aspirar á la mansion del cielo,
Alzan á El plegarias de ternura,
Filtrando á gotas su letal tristura.

DR. LOPEZ DE LA VEGA.

Madrid, 1872.

LUZ Y SOMBRA.

Todo en el mundo se compensa, amiga,
Del Eterno por leyes bienhechoras;
Allado del placer están las penas:
Junto á la luz la sombra.

Luce fúlgido el sol de nuestra dicha,
Y gozamos en plácida quietud;
Ningun recuerdo triste nos asedia:
Esa es la luz.

Pero en medio de tantas alegrías
Una pena tal vez la dicha ahoga;
Y triste el alma suspirando gime:
Esa es la sombra.

Mil ensueños de amor llenan la mente,
Cual las estrellas el espacio azul,
Y bello el porvenir se nos presenta
Radiando luz.

Mas sucede despues un desengaño,
Que mata la ilusion encantadora,
Y suspiramos al mirar en torno
Sombras y sombras.

Crucemos este valle, amiga mia,
Llenos de fé, sin susto ni zozobra,
Sin acordarnos cuando el sol nos brilla
De que hay la sombra.

Pero al sentir las penas en el alma,
Y perdida su plácida quietud,
No te olvides jamás, querida Adela,
De que hay la luz.

GERARDO COUDER.

¡AUSENCIA!

Más que la abeja al panal,
más que el ave quiere al nido,
más que al amor prometido
quiero á mi pueblo natal:
es de mi mente ideal
volver á pisar su suelo,
ver agua en el arroyuelo,
de las plantas la esbeltez,
de los hombres la honradez
y la claridad del cielo.

Y al tañer de la campana
quiero ver que en una ermita
por la tradicion bendita,
entra la mujer cristiana:
quiero ver la dicha humana,
la del morir y el nacer;
la madre que me dió el sér
más que al mundo ver ansío,
que cuando dice "¡hijo mio!"
no la puedo responder.

SALVADOR ALMELA ROIG.

LAS MUJERES DEL SERRALLO.

II.

LOS JARDINES DE LAS SULTANAS.

A poco conocedores que nuestros lectores sean de la manera de ser de los partidarios del islamismo, habrán de notar seguramente una contradicción manifiesta entre la idea que tengan formada de las costumbres de los mahometanos, y de lo que nosotros hemos de decir sobre ellas. Pero esto proviene indudablemente de la exageración de algunos viajeros que han visitado aquellas tierras, de la ignorancia de otros, y de la inexactitud de la mayor parte.

¿Pues qué, preguntarán nuestros lectores, no cuentan que el harem es una terrible cárcel, una estrecha jaula de la que la mujer que entra, no vuelve á salir nunca bajo pretexto alguno? ¿No es cierto que las mujeres se sepultan en vida, son completamente ajenas al mundo, y viven solo para arrullarse en brazos del sultan y servirle de entretenimiento y de recreo?

Cierto es que las mujeres no salen del harem, cierto es que las sultanas viven ocultas en el serrallo del sultan; pero no es menos cierto que las sultanas que por su edad no están espuestas á la tentación de un amor indiscreto, gozan de una libertad no conocida entre aquellos carceleros de la belleza, y que se las permite tener preciosísimos palacios y jardines campestres, que vamos á describir con pocas palabras.

Aparecen en algunas alturas y aldeas colocadas en los alrededores de Constantinopla magníficos edificios, dilatados jardines, todos ellos colocados en sitios donde los ojos de los profanos no puedan llegar; sobresalen entre todos los que están colocados en el centro de Galata, pueblo pequeño, y en las alturas de Scutari. Estos jardines y edificios son las mansiones y paseos de las sultanas.

Tanto en los palacios como en los jardines, se ha prodigado en toda su extensión la mas refinada coquetería de la naturaleza y del arte, y con gastos exageradísimos se han llevado allí todas las invenciones para satisfaccion del mas exquisito y desarrollado sensualismo.

Baños perfumados, en los que la sultana ha de embriagarse y sentir indefinible bienestar cuando sus bañeras "tellaks" la colocuen en el agua olorosa, preparada con veinte horas de anticipación para que adquiera el aroma de mil variadas y preciosas maderas quemadas en el para ellas tan delicioso recinto; sitios encantadores, lugares sombríos, melancólicos techumbres formadas por espeso arbolado, inmensos jardines sombreados por granados de flores de escarlata, y guarnecidos con parterres numerosos, todo esto abunda allí para diversion y recreo de las ya casi caducas sultanas.

La vida de estas es la mas tranquila y dulce que se puede imaginar. Tranquilas ocupaciones suceden á placeres descansados. A el bordado de una faja ó un turbante adornado con perlas, que regala despues la sultana á su hijo ó á su marido, sucede el juego de las damas, el boli-

che y otros varios que no exigen atención ni trabajo, pues que á no ser así lo rechazaria el carácter abandonado, perezoso é indolente de la regalada sultana. Y todas estas ocupaciones las hace fumando el *aurquileh* y solo durante el día; pues que á la noche se pasea por las espesas enramadas y calles de los jardines apoyada en dos esclavas, y aspirando las aromáticas emanaciones de las flores, y algunas veces sube á su kiosco, desde donde contempla los rayos mortecinos del sol cómo se quiebran en las turbulentas olas del Bósforo. Y allí es de ver el éxtasis delicioso y el sueño dulce que de ella se apodera cuando se alza de los bosquecillos de naranjos una armonía sencilla y suave que recrea el oído.

¿Cabe una vida mas bonancible y mas plácidamente hermosa que la de estos seres afortunados? Solo los que saben apreciar la volubilidad de los sentimientos, el mariposeo de los amores, pueden hallar triste la encantadora y tranquila vida de sensaciones que tienen las sultanas. Así se comprende que, cerradas para ellas todas otras puertas que no sea de amor y de pasión hacia el sultan, y acostumbradas á obligadas á gozar con los risueños recuerdos de lo pasado y los sueños dorados de lo presente, esperen sin dolor el término de su vida, ocupándose y soñando solo en magníficos palacios y en preciosísimos jardines, todo lo cual sirve para hacerlas llevar una existencia completamente feliz.

Cuando las sultanas van del serrallo á su casa de campo ó viceversa, se observa en Constantinopla un movimiento extraordinario.

Las mujeres turcas, severas, graves y poco expansivas de suyo, suelen ir al paseo — que es uno de los dos cementerios que hay en toda la población — á fumar y á oír los groseros cantos de ambulantes músicos, y es de extrañar el contraste que forma la indiferencia de que están revestidas, con la jovialidad y buen humor, la viveza del diálogo y la expresión de su mímica, de que hacen gala cuando permanecen en tan fúnebre y á la par alegre mansion.

Cuando la alegría domina á toda la reunión, suelen oírse ruido de armas, confuso clamoreo y constantes murmuraciones que dicen: *es la sultana*. A esta mágica palabra todos se colocan en orden y callan; los hombres se prosternan, las mujeres inclinan respetuosamente la cabeza ante la favorita del sultan; haciendo los honores ó saludos de ordenanza los soldados, si es que los hay en el paseo.

Un respeto que raya en idolatría se ve por todas partes, y ningun turco, por osado que sea, se permite decir de la sultana una frase inconveniente, y las mujeres no son capaces de echarla una mirada de envidia ó de cólera. Esta, como todos los que se hallan elevados á tal altura, ni aun se dignan corresponder con lijera indicación de cabeza á los honores y saluciones de que es objeto, colocada en su palanquin de seda por cuatro esclavos; y adviértase que estos honores no la tributan solo las clases proletarias, sino hasta los mas altos dignatarios del imperio, como son los bajás, visíres y el mismo Gran Visir.

Hé ahí, como decíamos con justísima razón, cómo en Turquía se rinde culto á la hermosura de una manera que los caballeros de la Edad Media nunca rindieron á sus damas; si bien se nos ocurre observar que esta exagerada admiración es mas bien debida al respeto que infunde el sultan que resguarda á sus sultanas con la égida de su poder.

III.

SALONES DE VERANO DEL HAREM

Desde las plateadas ondas, cuando los esquifes juegan sobre las olas, y los soberbios buques se mecen en la embocadura del puerto, distínguese á muy corta distancia un edificio tan atrevido como sorprendente, desde el cual se cree que alguno admira el hermoso cuadro y dilatada perspectiva de la comarca mas hermosa del mundo.

Casi sobre las aguas del mar, sobre unos paredones erizados de cañones monstruosos, y guarnecidos de amenazadoras baterías, se elevan mansiones desconocidas y jardines suspendidos que ocupan y forman el harem de verano de las sultanas. Los recursos del arte y de la industria se han prodigado allí para reunir las mas variadas riquezas que pudo realizar el entendimiento humano. Cipreses, jazmines, naranjos siempre llenos de flores, extienden sus seculares raíces en esas masas de tierra vegetal, llevadas á imenso coste, y cuya fertilidad se debe al artificio. Ni los mas fuertes rayos del sol penetran en los anchurosos jardines cubiertos por espesísima enramada, librando así á sus moradores de los calores del día.

La mas cansada vista del brillo de los minaretes, que se elevan sobre los grandes terraplenes como otros tantos prismas brillantes, halla consuelo y descanso contemplando aquel manto de verdor cubierto de palacios. Añadid

á tanta hermosura y magnificencia bellísimas mujeres, para quienes cada paso es un goce, y decidnos, queridos lectores, si no son verdaderas las fantásticas mansiones que pintan los orientales en sus delicadísimos cuentos.

Vamos á referir en breves palabras una fiesta que tiene lugar en estos palacios, y cuyo recuerdo es siempre muy grato á los habitantes del serrallo; nos ocupamos de la *fiesta de los tulipanes*, ó según otros, de la *noche de los arrebatos*. Los turcos tienen una pasión decidida por los tulipanes y las rosas, y unos y otros cultivan en el espacio comprendido entre los cipreses y los naranjos formando un vasto parterre. Nada mas delicadamente bosquejado que esos acirates de colores brillantes y tintes tan gayos y abigarrados: la vista se perdería si intentase seguir su vario dibujo, porque los europeos de otras civilizaciones ignoramos completamente el arte de combinar las líneas de flores y de escribir sobre el suelo con caracteres odoríferos los mil caprichos de una imaginación voluptuosa y ardiente. La noche en que tiene lugar la fiesta de los tulipanes, el arte redobla sus esfuerzos para celebrarla, y la aproximación de la noche da la señal de inmensos preparativos. Los acirates se renuevan; los bordados se repasan, y los festones se recortan con mas coquetería y mas esmero que en ninguna otra época, cruzándose las líneas de tulipanes y rosas, pero sin por esto confundirse jamás ni perder la limpieza del contorno. Cúbrese todo con las profundas sombras de la noche, y entonces las puertas del harem se abren, las mujeres se adelantan alegres y risueñas á través de matices robles, y se encuentran en el parterre todas reunidas, hasta el momento en que dá principio el espectáculo. La naturaleza está completamente dormida, no alumbran los astros ni sopla la brisa, ni se oye el ruido de las olas, ni los árboles se mueven, ni las hojas se menean, ni los pajaritos cantan, ni los murmullos se sienten, ni hay indicio alguno que demuestre lo que allí va á tener lugar. De repente, un ruido infernal cunde por todas partes; grandes gritos resuenan por los aires, y mil antorchas se mueven y se agitan, al mismo tiempo que una multitud de esclavos armados de teas resinosas se lanzan en las avenidas y revuelven el parterre, iluminando aquello con el brillo de las llamas, en las que como en oscilante espejo se reflejan las flores, y dejando lleno el espacio de una fragancia delicada y de un aroma soportífero.

Es imposible formarse una idea exacta de aquella escena. No hay nada tan brillante, tan sorprendente y encantador como aquella repentina iluminación; los rayos de luz se elevan de la tierra hasta el cielo revestidos de los distintos y vivos matices de una flor de la suave tinta de su follaje. Las gotas de rocío que se columpiaban sobre los bordes de las hojas, parecen prismas de diamantes; unida á este espectáculo los aplausos de una multitud frenética que goza de él, el tumulto de los *bastandjes*, que se agitan y se estrechan, las salvas de los cañones de la rada y de los fuertes, y apenas si se puede formar una débil idea de ese momento de sorpresa que ha sido necesario preparar con tanto arte y tanta magnificencia. El espectáculo arrebató, el fulgor indecible deslumbró, los resplandores que como rayos cruzan de improviso el espa-

cio, obligan á las mujeres á abandonarse en brazos de un vértigo inexplicable. Entonces las mujeres se vuelven locas, nada las detiene, excita su envidia la belleza de las flores, y las arrancan y las esparcen por el aire, y las tiran por el suelo, y las arrastran por el parterre. La obra de destrucción se consume en medio de la gritería y del clamoreo, hijos de la alegría mas descompasada; y estos momentos de excitación nerviosa y sensual, dejan en el corazón de aquellas mujeres profundos y deleitosos recuerdos que cuentan mil y mil veces en las noches de ocio del harem. No hay entre todas ellas una mujer que no tenga á gala referir casi todas las noches siguientes á la de la destrucción del tapiz esmaltado, las altas proezas y la principal parte que tomó en aquella orgía de las flores. Tan celebrada fiesta tiene lugar para solemnizar el natalicio de algún hijo del sultán, acontecimiento que es muy apetecido y celebrado por las mujeres que desean romper la uniformidad de sus goces.

El pico de Clarence, hoy de Santa Isabel, se halla en el centro de la isla, y es tal su elevación, que si el tiempo está sereno, se ve á muchas millas de distancia.

Fernando Póo pasó al dominio de España en virtud del tratado celebrado con los Portugueses en Mayo de 1778.

La ciudad de Santa Isabel está situada en una plataforma bastante elevada sobre el nivel del mar; sus casas todas son de madera, y tres ó cuatro solamente de dos pisos, con los techos formados de bambús. Las calles, anchas y rectas, están alfombradas de yerba, sobre todo en la estación de las aguas. Pero si el aspecto de la ciudad es pobre, el panorama que la rodea es magnífico y de una belleza indescriptible. Altísimas montañas cubiertas de una vegetación exuberante, bosques vírgenes, en los que los árboles mas comunes son el cedro, la teca, el caobo y la palmera, é infinitos arroyos que bajan de las colinas á confundir sus aguas mansas y transparentes con las olas

Las tribus de la raza bubí son gobernadas por *cocorocos* ó reyes, cuya dignidad es hereditaria. El rey de los bubies gobierna con consejo de los ancianos; y en una especie de foro, abierto al aire libre, llamado *Reosa*, celebra sus asambleas legislativas y se discuten los *palawero*, nombre genérico, usado para significar toda clase de cuestiones que surgen entre los negros y que se someten al árbitro supremo.

El grabado que hoy ofrecemos á nuestros lectores representa al actual rey de los bubies rodeado de su familia.

En cuanto á religión, no tienen ningún ídolo; y sus ceremonias religiosas las practican en lo más intrincado de sus bosques, donde no ha penetrado la vista del europeo, y por lo tanto es casi imposible precisar sus creencias.

Feracísimo es, como hemos dicho, el terreno de esta isla, virgen casi en toda su extensión, y cuyo aspecto ofrece

ser como ahora una residencia malsana é incómoda, podría llegar á ser un delicioso oasis, orgullo de los españoles.

NICASIO ALVAREZ.

UNA HISTORIA DE OTROS DIAS.

Como siempre he tenido una confianza ciega en mis lectores, y aprendido por experiencia lo bien que saben guardar los secretos que se les confían en el sagrado de un libro, voy á contarles la historia verdadera y sucedida de una cierta Inés, costurera por mas señas, que vivía há largos años en un pueblecito de Andalucía, de los mas poéticos y pintorescos del hermoso collar que adorna entrambas orillas del Guadalquivir.

Igualmente, porque no vamos á omitir por menor alguno á nuestros lectores, por recónditos que sean, les referiremos el ólio que tenía á su marido, pues la buena

—Vamos á concluir muy mal, decía; mi situación es lo mas triste del mundo, y estoy por darme á todos los diablos del infierno.

—Y en verdad que hay razón para ello, le contestó una voz muy cercana.

Inés levantó los ojos, y vió á un caballero anciano vestido de negro, no mal parecido, tez morena, quevedos en la nariz, y que estaba sentado á su lado.

—En efecto que la cosa es seria, contestó Inés; pero apesar de su gravedad, tendrá que quedar de este modo hasta nuestra muerte, pues no es muy fácil encontrar remedio á mis desdichas.

—De estas precisamente vamos á hablar muy despacio, dijo el desconocido, y quizás, y aun sin quizás, no será difícil que encontremos algunos paliativos á tantas desgracias como abruma su matrimonio.

Como comprenderán nuestros lectores, el anciano gastaba con Inés pocos cumplimientos.

—¡Ay! si fuera posible.

—Veamos, ¿dónde está tu marido?

—Por Dios, bajad la voz, pues aunque no ha mucho que le he sentido roncar como un bienaventurado, las paredes tienen oídos, y pobre de mí entonces.

—Creo que por ahora lo mejor que puede hacer es roncar, contestó el desconocido con tono desdenoso. Pero lo que mas me admira, si esto en mí fuera posible, es tu cobardía cuando estás frente á frente á tu marido, y tu poca resolución en romper un yugo tan intolerable como el que estás sufriendo.

Inés permaneció muda como un ahorcado, y en vez de contestar á las palabras del desconocido, se puso á suspirar con un aire tan triste y compungido, que habría enternecido á los adonquines, si en aquel tiempo se hubieran estilado.

—¿No oyes lo que te digo? repuso al cabo de algunos momentos el anciano caballero.

—Lo he oído muy bien; pero tiene una cólera tan terrible

mi marido, que...

—¿Tienes más que enviarlo al infierno?

—Bien lo deseo muchas veces.

La cara del desconocido se cubrió, al escuchar las palabras pronunciadas por Inés desde lo mas íntimo del corazón, de un tinte extraño.

Cogió, pues, á aquella una mano, y la apretó contra las suyas de tal modo, que las lágrimas asomaron á los ojos de la costurera.

—Así me gusta; precisamente para esto he venido, á pesar de lo mucho que me dan que hacer tus semejantes.

Inés estuvo á punto de arrojarle en brazos del desconocido, de tal modo la alegría invadió todo su ser.

—¿Con que habeis venido para eso? ¡Cuán bueno y amable sois! Hablad, y si es preciso para conseguirlo hacedme vuestra esclava, á fe de Inés, os seguiré al fin del mundo.

¿Qué pensarán nuestros lectores que hizo entonces el desconocido? Sacó bonitamente del bolsillo de su ropilla un libro de memorias—que por lo visto ya entonces se estilaban, según la crónica de la que tomamos estos apuntes—cosa que entre paréntesis no habla muy alto en favor de las palabras empeñadas por nuestros antepasados, pues necesitaban tal recuerdo para cumplirlas; sacó, pues,



VISTA PANORÁMICA DE LA CIUDAD DE MÉJICO.

Estas ligeras indicaciones que hemos hecho sobre la manera de ser de los habitantes del serrallo, y especialmente sobre la sultana, sirven para apreciar mejor las escenas que representan las cuatro láminas: *Las mujeres del Serrallo*, *Interior de un Kiosko*, *Jardines del Serrallo*, *Salones de verano en el Harem*, que ha dado á conocer á sus suscritores el CORREO DE LA MODA.

FERMIN HERRAN.

APUNTES DE VIAJE.

La isla de Fernando Póo fué descubierta en el siglo XV, bajo el reinado de Alfonso V de Portugal, por el noble hidalgo portugués Fernando Póo; el cual, por su notable lozana vegetación y su magnífico arbolado, la dió el nombre de *Iha Formosa*. Se halla situada á diez y nueve millas de tierra firme, y el canal formado desde esta y la isla, es sumamente pintoresco, terminando en un lado con la montaña de Camarones, y en el otro con las de la isla. La distancia entre los picos de estas dos montañas es sobre cincuenta millas, pero las bases se acercan á veinte.

verdosas del mar, forman un conjunto sublime que revela al hombre toda su pequeñez, comparada con la grandiosidad de la naturaleza. Los indígenas, en armonía con aquellas agrestes soledades, son robustos, bien formados y ágiles. Su cutis es negro, y sus facciones regulares. Hombres y mujeres van completamente desnudos, con solo alguna tela grosera ó un tejido de palma atravesado al cuerpo. Se pinta el rostro con ócre amarillo, y gustan sobremedera de adornar sus brazos y piernas con pedazos de concha y vértebras de serpientes. Los hombres ostentan además enormes sombreros de paja con plumas de gallina, y los personajes principales se distinguen porque llevan al cuello ciertos collares de morcillas hechas con tripas de perro, cabra ú otros animales llenas de grasa, cuyo continuo destile los preserva de las picaduras de los mosquitos. Por lo demás, son indolentes y perezosos, por lo mismo que carecen de necesidades; sus diversiones principales consisten en el baile, que ejecutan al compás de una música particular, y se compone de movimientos mímicos. Se casan con cuantas mujeres pueden sostener. Las mujeres están obligadas á guardar fidelidad al marido, y éste á defenderlas. El gobierno de sus tribus es patriarcal y de familia.

La angusta magestad de aquellas vastas soledades no se ve turbada por los ruidos del leon, comun al Norte y al Sur del África. Tampoco se hallan allí la cebra, la gaceta ni el rinoceronte; solo se ven graciosas gacelas, monos, loros, urracas y espléndidos faisanes. Las bestias de carga están representadas únicamente por las mansas llamas.

Las costas abundan en sabrosos pescados, aunque están amenazadas de continuo por los feroces tiburones que ponen en peligro la vida de los pescadores. Si la civilización penetrase en esta isla, si la religión cristiana, sobre todo, extendiese sobre ella su benéfico influjo, creemos, en vista de los ricos y variados dones que ofrece allí la naturaleza, que Fernando Póo, en vez de

la espléndida riqueza de los países tropicales. Los árboles son gigantes, las yerbas que cubren el suelo pasan de la altura de un hombre. Entre los árboles frutales abundan los naranjos, limoneros, guayabos, mangos, tamarindos, plátanos y las piñas, aunque inferiores á las de la Habana. El algodón se cria allí espontáneamente, como asimismo el café. Pero la planta de mas utilidad y producto de la isla es el *ñame*, planta tuberculosa, del género de la patata, mas agradable al paladar que la batata de Málaga y sumamente nutritiva.

Antes de pasar adelante, no será ocioso sepan nuestros lectores que aquella mañana había tenido una brava disputa con su marido, en la que había recibido algunos chichones en la cabeza, á consecuencia de las relaciones íntimas con que se había puesto aquella con algunas patatas á medio cocer, y que habían servido de almuerzo á la costurera y al albañil.

En el momento en que empieza el cuento, la costurera, que estaba concluyendo su obra, hablaba consigo misma.

Con el poder que dan los derechos de autor, vamos á contar el monólogo á nuestros lectores, palabra por palabra, como despues el diálogo que siguió á este.

Por la mayor suerte del mundo, sucedió que una noche del mes de Setiembre, como á las once de la misma, estando ya acostado el buen Juan, descansando de sus trabajos, que no eran pocos si se tiene en cuenta su oficio de peon de albañil; Inés, la costurera, estaba muy ocupada en componer un par de calzones á un abogado anciano y parroquiano de luengos años.

Antes de pasar adelante, no será ocioso sepan nuestros lectores que aquella mañana había tenido una brava disputa con su marido, en la que había recibido algunos chichones en la cabeza, á consecuencia de las relaciones íntimas con que se había puesto aquella con algunas patatas á medio cocer, y que habían servido de almuerzo á la costurera y al albañil.

En el momento en que empieza el cuento, la costurera, que estaba concluyendo su obra, hablaba consigo misma.

Con el poder que dan los derechos de autor, vamos á contar el monólogo á nuestros lectores, palabra por palabra, como despues el diálogo que siguió á este.

como íbamos diciendo, un libro de memorias, un tintero lleno de tinta encarnada y una pluma, y le dijo á la feliz costurera, alargándole la pluma mojada en tinta, que escribiera en cierto lugar, que le señaló con el dedo, su nombre.

En el momento que Inés iba á poner aquel, acordóse la desdichada que no sabía escribir—á la cuenta sucedía lo mismo á las costureras de aquel tiempo que en el nuestro. Sin embargo, el desconocido no se apuró por tan poca cosa, y le aseguró que con un signo cualquiera bastaba.

Inés hizo al punto un garrapato, y preguntó si tenía otra cosa que hacer.

—Nada. Solo queda que bebamos juntos una copa de buen vino como símbolo de nuestro nuevo pacto y ratificación del contrato.

Apenas acababa de pronunciar el desconocido estas palabras, cuando ya había sacado del mismo bolsillo una botella y una copa.

Inés, en honor de la verdad, no se hizo repetir dos veces la invitación, y con la mayor galantería bebió la copa, cuyo contenido encontró ser de un Jerez seco de primera calidad.

Ignoramos si fué el Jerez el que se le subió á la cabeza á la costurera ú otra causa; pero lo cierto es que al mirar de nuevo al desconocido, notó en él una cosa extraña.

Los ojos de éste parecían brillar como carbones encendidos.

—¿Qué os sucede? preguntó Inés; ó he perdido la cabeza ó vuestros ojos parecen dos fraguas.

—Creo que te sucede lo primero, contestóle éste. Sin embargo, con una segunda copa recobrarás tus sentidos.

Dicho, y hecho mas rápidamente ejecutado, no registran las historias y crónicas de todas las Inés del siglo XVI, que segun nuestro criterio es la época á que se remonta nuestro cuento.

Pero á la segunda copa sucedió la tercera, hasta que como buenos compañeros vaciaron la botella.

Como sucede generalmente, y esto es de todos los siglos, tras de las copas vino la alegría, y tras esta las canciones con tal entusiasmo cantadas, que como vulgarmente se dice, la casa se venía á bajo.

Por fuerza el albañil había de dormir á pierna suelta.

De tal modo perdió Inés los estribos, cosa que hacía mucho tiempo no le había sucedido, que de todas veras le pedía á Dios desde el fondo de su corazón que no se dispararan los vapores del Jerez seco.

A pesar de esto, aunque su razón no estaba muy despejada, no por eso dejó de percibir menos el fulgor de los ojos del desconocido, que cada vez era más brillante.

Aun no era esto todo.

Cada vez que su acompañante encontraba graciosa y divertida la canción de la costurera, se oía una especie de roce que iba y venía, como si estuviese bajo la mesa alguna cosa que barriese el suelo.

—¿Qué diablo hacéis con los pies para meter tanto ruido?

—Es mi cola, Inés, sencillamente mi cola, que ha contraído la mala costumbre de no estarse quieta jamás.

—¡Vuestra cola! exclamó Inés riendo á más no poder. ¡Bah! ahora os conozco. ¡Cuánto apostamos á que también teneis los pies de chivo!

Y el anciano enseñó á la costurera sus pies de chivo.

Esto, como era de esperar, nada admiró á Inés. Asombrado el anciano, y tomando esto por un buen síntoma, se rascó la nariz con la mano, y sacudiendo la cabeza con el aire mas galante de uno de nuestros pollos gastados:

—Inés, añadió, eres una mujer que no tiene precio.

—Gracias, por mi parte, contestó la costurera, ya sé á qué atenerme, y puesto que sé á qué atenerme, no saldrei de aquí hasta que hayais cantado una canción, porque estoy segura que habreis traído algun instrumento con vos.

—De buena gana lo haré si esto ha de divertirte; pero lo que debias hacer era despertar á tu marido y así podrías bailar juntos mientras yo toco.

—Esto ya no me gusta tanto, y si quisierais creerme, mejor bailaria sola. Despues despertariamos á Juan.

—Me conformo.

Y al punto se puso á tocar un baile en extremo alegre, mientras que Inés, saltando como si hubiera perdido el juicio por completo, hacía con sus gestos y movimientos de piernas y brazos un ruido infernal.

Con Inés se pusieron á bailar las tijeras, agujas, planchas, dedal y almohadilla.

Su ejemplo fué imitado por las sillas, mesas, cuadros y mobiliario completo de la tienda; vivos y muertos, seres animados é inanimados, todos empezaron una espantosa bacanal, saltando y dando vueltas en confusión tan rápida y espantosa, que hubiera dado envidia al mas organizado *pandemonium*.

Pero ¡oh! dolor. Aquella fiesta tan magnífica fué de pronto interrumpida.

Juan, el buen Juan, abrió la puerta de su cuarto y asomó á la puerta de la tienda su faz enjuta y fosca.

Al momento cesó la música.

Inés se quedó inmóvil y confusa.

Los muebles y las tijeras dieron con las patas en el suelo.

Ningun objeto de los que había en la habitación conservó su sangre fría, á excepcion del anciano, que permaneció mudo y sereno, sin manifestar el menor síntoma de cólera ó temor.

Excusado nos parece pintar á nuestros lectores la cara que pondría Inés al verse sorprendida por su marido; la sombra de Banco, aunque la comparación está hoy algo gastada, no fué tan espantosa para el rey Macbeth.

Quedó petrificada algunos momentos; pero como si de repente hubiese tomado una resolución, cogiendo la escoba que había en un rincón, adelantóse hacia su marido con ánimo de abrirle la cabeza.

Juan, como hombre prudente, tomó el partido de declararse en retirada, ocultándose tras del anciano, con el santo objeto de que éste recibiera el primer golpe que su mujer trataba de regalarle.

Sin embargo, ciega de cólera Inés, y deseando descargar su rabia sobre alguno, asestó un terrible golpe sobre la cabeza del buen señor; pero éste no hizo ningun movimiento, solo se puso á reír, porque precisamente en el sitio en que recibió el golpe salió un enorme cuerno negro y puntiagudo.

Inés no perdió el tiempo y le asestó otro, obteniendo el mismo resultado.

Cuando el albañil se apercibió del giro que tomaban las cosas, principió á sentir cierta impresion en todo su cuerpo, que nosotros con razón podríamos llamar miedo.

Los dos cuernos empezaban á causarle algun cuidado.

Dirigióse entonces hacia la puerta con ánimo de pedir socorro; pero el anciano, mas listo, se puso delante de aquella, mientras que tarareaba una nueva canción, y al momento, como arrastrado por un vértigo, empezó á bailar como un condenado.

Inés también siguió su ejemplo, y como no hay cosa que guste mas que la imitación en la tierra, las sillas y los muebles se entregaron de nuevo, con un furor extraño, á acompañar las cabriolas y saltos de sus dueños.

En vano Juan gritó y se desesperó; en vano lloró y se arrancó los cabellos, pues vióse obligado á bailar á su pesar.

—Ahora, dijo el anciano, abre la puerta, Inés: tu marido y yo vamos á dar unas vueltas al aire libre. Pero procura no abandonar la casa, pues los rateros no están para desaprovechar ocasiones.

Juan, alarmado mas y mas, suplicó á su mujer no abriese la puerta; pero esta se guardó muy bien de cumplir lo que su marido la pedía: ignoramos si en esta resolución tuvo alguna parte la disputa y las patatas á medio cocer de aquella mañana.

Inés abrió la puerta.

El anciano salió el primero, cantuseando siempre, y Juan le siguió mesándose las megillas, presa de la más violenta desesperación.

Inés, mujer al fin, permaneció en la puerta para ver lo que sucedía.

La luna alumbraba con todo su esplendor, así es, que pudo distinguir á su gusto cómo el anciano y su marido corrían al través de una huerta, y poco á poco se perdían en lontananza, hasta desaparecer por completo en el horizonte.

Cuando Inés, despues de algunos segundos, se convenció de que el anciano se había llevado realmente á su marido, se puso á reír de tal modo y con tales ganas, que tuvo que ponerse las manos en la cintura para no reventar.

Después se acostó tranquilamente, cogiendo el sueño de un bienaventurado hasta que el sol del día siguiente, entrando por la ventana, vino á despertarla.

La primera cosa que hizo fué asegurarse si su marido había desaparecido, pues aún no las tenía todas consigo; pero por mas que le buscó, no le encontró ni muerto ni vivo.

Cómo había sucedido esto, ningun hombre, mujer, anciano ó niño de la ciudad, jamás lo ha sabido.

La desaparición, sin embargo, tuvo efecto como la he contado.

La opinion del vulgo es que fué un milagro, y esta es también la nuestra.

Pero, como muerte no sobrevenga, que achaque no tenga, como dice el refrán, hemos oido contar por algunos despreocupados, que años despues encontraron en una ciudad de Castilla la Vieja al buen Juan en compañía de

una desconocida, á la que manifestaba grandes deferencias.

En cambio, también se contaba por ciertas comadres, que el diablo tampoco era tal demonio, sino un amigo íntimo de Inés, y que los disgustos del buen Juan radicaban en estas relaciones, que no quería aprobar de modo alguno.—La verdad en su lugar.

VICENTE CUENCA.



EL ANTIFAZ DE TERCIOPELO.

novela original

Escrita por E. Feijóo y de Mendoza.

(Continuacion.)

CAPÍTULO IV.

CONSECUENCIAS DE UNA VENGANZA.

Mientras bailábamos, Eguilaz murmuró á mi oído con dulce tono:

—Hermosa Magdalena, doy á V. un millón de gracias por la gran distinción que me ha otorgado, y sobre todo por no envolverme en el odio, que segun esta noche vi profesa V. á los Valdelirios.

—¿Y á V., por qué le había de odiar? Al contrario, V. siempre me fué muy simpático.

—¡Será verdad, hermosísima Magdalena! exclamó el joven, dirigiéndome una mirada fascinadora.

Yo bajé los ojos con hipócrita rubor, y empecé á hacer mi figura; al concluir la me así del brazo de mi pareja, y tomando á Romualdo de la mano le dije:

—Eguilaz, venga V. conmigo, que deseo llevarle yo misma adonde estaba, porque su novia se hallará devorada por la impaciencia.

—No, Magdalena, se apresuró á decir; es necesario que sea V. bastante amable para dar antes conmigo dos vueltas por la sala.

—¿Y si luego le riñen á V? contesté yo con tono burlón.

—¡A mí! ¿Y por qué? murmuró el joven cortado.

—Eguilaz, vaya V. con su novia, y déjenos V. á los que somos libres quemar incienso á los pies de esta hermosa dama, interrumpió el andaluz con cómica gravedad.

—Espero la respuesta de Magdalena, contestó Romualdo con sequedad.

—Por mí no hay inconveniente, le dije yo asiéndome de su brazo; veremos luego cómo se las arregla V.

—Caballero, añadí con amabilidad, dirigiéndome á mi pareja; diga V. á mi querido padre, de cuyo lado me sacó, que me hallo con el señor.

El caballero me saludó con respeto, y se alejó, aunque con algun disgusto.

Romualdo y yo empezamos á girar por el salón, sin que ninguno de los dos dijese una palabra; mas al fin, impacientándose, le pregunté:

—Hace un momento me decía V. que no le manifestaba antipatía como á los Valdelirios: ¿por ventura es V. de esa familia? Es cierto que dicen que muy luego formará V. parte de ella por su enlace con Irene, mas como este aun no se ha efectuado, ¿quién sabe lo que podrá suceder?

Al decir esto, miré al joven frente á frente, lanzándole una de aquellas miradas que solían sojuzgar las voluntades.

Romualdo intentó resistir su brillo, mas al fin, bajó los ojos fatigado.

Como V. comprenderá, general, yo me portaba con Eguilaz como la mas refinada coqueta. Indigno era lo que hacía; pero ¿qué me importaba? Quería vengarme á todo trance, y ninguna venganza me parecía tan brillante como arrebatár á Irene su futuro esposo.

Romualdo era fátuo y preciado de sí mismo, y no dudó que había hecho mi conquista: esto halagaba su amor propio en el mas alto grado, siendo yo la mujer mas codiciada de Salamanca, y así, me dijo con aire de vencedor:

—Tiene V. razón, señorita; por hoy, á Dios gracias, aun soy libre y puedo disponer de mi persona.

—¡Bah! repliqué yo sonriendo con ironía.

—¿Lo duda V? pues nada mas cierto, añadió con calor, y en V. consiste que jamás sea el esposo de Irene. Esta contestación me sorprendió; era avanzar demasia-

do: no estaba preparada á un ataque tan brusco; pero yo habia dado el primer paso, y no podia detenerme.

Me halagaba además la idea de una victoria completa, y proseguí con tono insinuante.

—Explíquese V. ¿Por qué consiste en mí el que V. no se una á esa familia? ¿Tengo yo sobre V. algun derecho que ignore?

—Magdalena, me dijo mirándome con ansiedad, hace un momento me aseguraba V. que le era simpático.

—Es cierto, respondí casi en voz baja.

—Pues bien, añadió con fuego; V. señorita, tambien me lo es á mí; mucho tiempo hace que la admiro, y si me atreviese...

—¿Qué? insistí con coquetería.

—¿Diría que la amaba! exclamó fuera de sí.

Al oír una declaracion tan repentina, solté una franca y burlona carcajada. En aquel instante pasábamos por delante de Irene, la que al oírme reír, dirigió á Eguilaz una investigadora mirada, pero él en nada reparó, prosiguiendo con tono grave:

—Señorita, V. se burla de mí franqueza, y lo comprendo: mi declaracion ha sido demasiado imprevista, quizás inconveniente...

—Yo no me burlo de V., le dije con acento dulce y expreso; lo que hago es sorprenderme. V. tiene su boda arreglada con Irene Valdelirios, toda la familia le cuenta á V. ya en el número de ella, y al decirme que me ama tengo que experimentar admiracion y duda.

—Admiracion, lo creo Magdalena, pero duda no, porque mis palabras debieron haberla desvanecido. Es verdad que compromisos de familia hicieron que arreglase mi enlace con Irene; mas yo, aun cuando la estimo no la amo, y á V. siempre la miré con predileccion. Sé que V. no reparaba en mí, pues colocada en el trono de reina de la hermosura, bien poco podia importarla que la admirase uno mas ó menos.

—Se engaña V., Romualdo, yo recibo siempre con gusto las galanterías de todo caballero, y no dude V. que las tuyas las hubiera distinguido; pero V. estaba demasiado ocupado con Irene, para reparar en otra que no fuese ella, y todo lo que V. me dice en este momento, no es otra cosa que un poco de agradecimiento por haberle distinguido entre los demás jóvenes.

—Magdalena, repuso Eguilaz despues de quedarse un rato pensativo; créame V. ó no, yo la amo desde hace tiempo. Nada la decia á V. porque, ¿á qué? V. está comprometida con Luis de Azpeitia, yo lo estaba tambien, y mi amor seguiria siendo un secreto si esta noche V. no me hubiese preferido á los demás. Luego, añadió con timidez: al decirme V. que no me aborrecia como á los Valdelirios, y que yo quizás no llegaria á pertenecer á esa familia, me hizo pensar en la posibilidad de un rompimiento con Irene. A mi vista apareció un nuevo horizonte, y en él la distinguia á V. á mi lado hermosa y encantadora; entonces la palabra amor apareció en mis labios, y la dije á V. que la amaba, y la amo.

General, yo conocia demasiado que aquel hombre menta; pero lo repito, ¿qué me importaba á trueque de satisfacer mi venganza?

—Oh, si eso fuese cierto, murmuré bajando los ojos, entonces...

—¿Qué? preguntó Romualdo con ansiedad.

Fingí ruborizarme y me cubrí el rostro con el abanico.

—¿Sería posible tanta dicha! exclamó el joven interpretando como debia mi silencio. ¿Pero y su primo de V?

—¿Estimo á Luis! le dije suspirando.

—¿Le estima V. y no le ama! prosiguió con ímpetu; ¿luego puede amarme!

—¿Sé yo acaso si el amor que V. me pinta es verdadero? murmuré en voz baja ¿Tengo acaso alguna prueba?

—Extíame V. las que quiera.

—Déme V. una sola, y muy leve: no vuelva V. esta noche al lado de Irene.

—Se lo juro á V. ¿Juro no apartarme ni un solo instante de su lado!

Asustóme su decision.

—No, le dije, basta con que no se acerque V. á ella.

Pero la partida estaba empeñada, y él tambien queria asegurar su victoria.

—Magdalena, repuso mirándome frente á frente y con tono solemne, creo que no se trata de una simple coquetería entre V. y yo. Si es cierto que siente V. hácia mí alguna simpatía, no debe disgustarla que esté á su lado. Y si no, ¿qué la importa el que vuelva al lado de la señorita de Valdelirios?

Cenocí, Augusto, que era preciso jugar el todo por el todo, y que lo que deseaba Romualdo era que, al comprometerle á él, me comprometiese yo á mi vez.

La condicion era dura, pero yo en nada reparé, y contesté sonriéndome:

—¿Bien! como V. quiera, á mí no me importa lo que

puedan decir; hasta ahora soy libre y V. tambien.

—Gracias, bella Magdalena, exclamó con alegría, pero aun tiene V. que otorgarme otro favor. Cuando vine al baile, la familia Valdelirios me trajo en su carruaje, y ahora para la vuelta tiene V. que ser tan amable que me conceda un asiento en el suyo.

—Eso, amigo mio, es cosa de mi padre, respondí con coquetería, pero no creo que so lo niegue á V.

General, ¿para qué referir á V. mas detalles de esta necia conversacion en la que los dos mentíamos? El porque le agradaban mis riquezas, y yo porque deseaba vengarme. ¡Ay, á dónde le conducen á uno las pasiones si no las sujeta la razon!

En toda aquella noche Romualdo no se apartó de mí, con rábia de los Valdelirios y sorpresa de todo el mundo, que no hacia mas que comentarios, dando el casamiento de Irene con Eguilaz como cosa deshecha. Mi padre no era de los menos atónitos por la larga estancia de Romualdo á mi lado; pero demasiado indulgente, sonreía de lo que llamaba mi capricho. Solo Luis, pálido y conmovido, no se acercaba á mí, y desapareció al poco tiempo del salon sin decirme nada.

Cuando quise retirarme, esperé á que lo verificase la marquesa con sus hijos, y entonces hice una seña á mi padre para que mandase aproximar nuestra carretela.

Me apoyé en el brazo de Eguilaz, y cuando toda la nobleza de Salamanca estaba en la galería de salida del Liceo, él dijo á mi padre con voz clara y acentuada:

—Señor de Bellavista, ¿tiene V. la amabilidad de darme un asiento en su carruaje?

Mi padre le miró con sorpresa; mas como era un cumplido caballero, le contestó con finura:

—Con el mayor gusto, caballero; mi coche está á la disposicion de V., y además, como mi sobrino Luis se retiró, puede V. ocupar su sitio.

Montamos en la carretela, y yo me recliné en una esquina silenciosa y pensativa; grande era mi satisfaccion, pues mi venganza empezaba á cumplirse. La marquesa habia humillado mi orgullo, pero yo iba á herirla en lo que mas amaba, en su hija.

Llegamos á mi casa, y allí, mi padre hizo á Romualdo los cumplimientos de estilo. El se despidió, ofreciendo volver á el otro dia, y mi carruaje le llevó á su casa.

CAPÍTULO V.

CONSECUENCIAS.

A la mañana siguiente del baile me levanté muy tarde: estaba disgustada de mí misma, y de mi comportamiento la noche anterior. Reflexioné sobre mi posicion, y esta no podia ser mas crítica. Me habia comprometido públicamente con Eguilaz, y era un hombre para mí antipático, al que despreciaba en el fondo de mi corazón por su porte indigno con Irene. La persona que teniendo sus compromisos tan sagrados los rompía por el capricho de otra mujer, no podia inspirarme mas que desden. Yo tambien me odiaba á mí misma por mi infame y vil conducta, indigna de una señorita; pero el guante estaba ya echado, y era imposible el recogerlo: preciso se hacia concluir la obra, pues si yo no seguia en relaciones con Eguilaz y él volvía al lado de la señorita de Valdelirios, todo el pueblo diria que yo no habia tenido los suficientes encantos para retenerle, y esta sola idea me llenaba de enojo y de vergüenza.

General, amigo mio. ¿Cuántas mujeres por ese nécio puntillo de vanidad siguen unos amores que su corazón rechaza? y mas tarde ¡ay! lo lloran con lágrimas de sangre. Mi vanidad, pasion la mas grande que tenía cabida en mi alma, me hizo anudar el primer lazo amoroso con un hombre á quien no solo no amaba, sino que ni aun mi estimacion le concedia. Esto era un triste presagio para lo futuro.

Al poco tiempo de haber yo dejado el lecho, mi padre me hizo avisar que deseaba hablarme. Le contesté que estaba á sus órdenes, y en seguida entró en mi gabinete. Contra su costumbre, tenía el aire sério y aun severo.

—Magdalena, me dijo, despues de haberme besado en la frente, necesito que me des una explicacion de tu comportamiento de anoche. No ignoras, hija mia, hasta qué extremo te amo, sabes que por tí estoy siempre dispuesto á hacer los mayores sacrificios; pero no me gustan imprudencias, y la del baile lo fué, y muy grande.

—¿Y por qué? pregunté un poco cortada.

—¿Por qué, preguntas? exclamó con asombro. ¿Te se oculta acaso que has dado pábulo á muchas murmuraciones con tus ligerezas? ¿No sabes que toda Salamanca á una voz te acusa de haber deshecho el casamiento de Romualdo con Irene, y haber llevado la perturbacion á una familia respetable?

Y no alegues que estas son habladurías sin consecuencias, pues por esta vez se fundan en hechos positivos.

¿Por qué fuiste á buscar á Romualdo so pretexto de hacer una figura de la danza? ¿Por qué te empeñaste en encadenarle á tu lado?

Cuidado, hija mia; la mujer que desea y pretende las adoraciones de todos, se expone á quedarse sin las de ninguno.

—Padre mio, le dije con tono cariñoso, juzga V. con demasiada severidad mi conducta. Es cierto que puse en juego cuantos medios estuvieron á mi alcance para atraer á Eguilaz; pero, no fué por mera coquetería. Quise, en efecto, y creo haberlo conseguido, romper su enlace con Irene; pero no me impulsó á hacerlo la vanidad. Oh, mi querido padre, añadí, viendo que fijaba en mí sus atónitas miradas, al corazón no se le manda....

—¿Qué dices? exclamó con creciente asombro, ¿será posible?

—Sí, digo con fingida confusion, amo á Romualdo de Eguilaz, le amo ciegamente, y ayer, al preferirle, no hice otra cosa que seguir el impulso de mi alma.

—Pero niña loca, exclamó mi buen padre, ¿y tu primo? ¿Y el pobre Luis, que tanto te ama? ¡El, que está enfermo desde ayer de resultas de tus coqueterías! ¿Cuál no será ahora su sentimiento al ver que amas á otro? Sin embargo, aunque la idea de verte unida á él ha sido la idea acariciada con embeleso durante toda mi vida, jamás violentaré tu voluntad. Nada tengo que objetar á tu enlace con Eguilaz: solo te ruego que lo pienses bien.

Mira lo que haces, pues además de sus relevantes cualidades, Luis es el hijo de mi hermano.

—No tema V. indisponerse con él, le atajé vivamente. Dígame V. que venga, y yo le aseguro dejarle, si no contento, satisfecho.

—¿Y cuál es el sortilegio que vas á emplear para conseguirlo? dijo mi padre ya casi vencido.

—Déjelo V. á mi cuidado, repuse yo sonriendo, le aseguro que todo se arreglará. Tenga V. confianza en mí, y nada me pregunte.

—Bueno, bueno, exclamó mi padre levantándose, no quiero saber tu secreto; voy á enviarte á tu primo, y solo deseo que tu imprevisto amor no motive ni disgustos, ni un rompimiento que me afectaría sobre manera.

Al decir esto, se dispuso á salir de la estancia.

Augusto, tuve remordimientos por engañar á tan excelente padre; él, que me amaba con tanto exceso, que bastaba una sola palabra mia para doblegarle a todos mis deseos.

—Querido padre, le dije, deteniéndole en la puerta, ¿no me da V. un beso al marcharse? ¿Sigue V. enfadado conmigo?

—Dios te bendiga, hija mia, contestó el anciano besándome con ternura, y saliendo de mi habitacion.

Quedé algun tiempo sola y comencé á pensar cómo dejaria satisfecho á Luis. Era mas difícil de engañar que mi padre, porque me amaba con delirio, y su amor le hacia ser en extremo celoso.

Aún no habia tenido tiempo de combinar mi plan cuando él entró. Venía pálido y ojoso, y en el desaliño total de su persona demostraba el mayor abatimiento.

(Se continuará.)

Explicacion del Figurin 1040.

FIG. 1.^a—*Traje de paseo en la ciudad.*—Vestido de seda verde, con falda de cola sin adornos; segunda falda cortada en pico en los dos costados y drapeada atrás por medio de cintas. Manteleta sin mangas y con grande esclavina bordada de soutache, y terminada con un volante de tafetan. Sombrero de paja de Italia, guarnecido de flores y cintas verdes.

FIG. 2.^a—*Traje de paseo para el campo.*—Vestido de foulard maíz, adornado con volantes encañonados de muselina. Sombrero de paja con velo de gasa maíz y flores blancas.

Este traje es sumamente distinguido, y lo recomendamos especialmente á nuestras bellas lectoras.

FIG. 3.^a—*Traje de visitas.*—Vestido de tafetan carmesí con ancho volante plegado, con cabeza fruncida, y encima muchos órdenes de cintas de raso de tono más oscuro. Mangas abiertas forradas de seda blanca.

Túnica sin mangas, y abierta por delante, de tafetan negro, adornada con seis rulos de raso. Sombrero de crin negro, guarnecido con cintas carmesí, una pluma y gasa negra.



CORRESPONDENCIA.

C. O.—*Barcelona*.—Hé aquí un nuevo modo de hacer la lejía, recomendado por los químicos de Francia é Inglaterra, y que ofrece, al parecer, la cuádruple ventaja de economizar el tiempo, el trabajo, el fuego, y de no deteriorar, sobre todo, la ropa blanca.

Se disuelve un kilogramo de jabon en 25 litros de agua caliente, no tanto que no pueda resistirla la mano; se le añaden 60 gramos de esencia de trementina, y 75 gramos de amoníaco líquido; se agita la mezcla y se

M. N.—*Segovia*.—Una falda sin cogidos y que toque al suelo, debe medir de 5 á 6 metros de largo, proporcionado al vuelo, dando á los paños de atrás de 20 á 25 centímetros de largo. Estos se montan á tablas al cuerpo: los de los costados fruncidos, y los de delante lisos.

M. L.—*Burgos*.—El mejor de los cosméticos para hermosear el cutis es el agua de Oriente, única en su clase que sea completamente inofensiva, y que al par que embellece el rostro le comunique un suavísimo perfume. Se vende en Madrid, en el depósito central, calle del Caballero de Gracia, núm. 8, tienda del Globo.

Una madre de familia.—La economía es una de las mayores virtudes; pero que, como todas las virtudes, necesita para brillar un justo medio. Cuide V. de que no degeneren en mezquindad y cicatería. Debe ser además bien entendida. Nada adelanta V. con comprar un vestido de poco precio, que al instante se desluzca y tenga que desecharlo, habiendo gastado lo mismo en los adornos

todavía, si V. quiere absolutamente preparar sus trajes de invierno, la diré, que la forma esclavina, con sus diferentes modificaciones, tales como manteletas, alboroz, con capucha ó sin capucha, echarpe, etc., será la mas admitida.

CHARADAS.

I.

El ser primera y segunda
Consiste solo en los ojos,
Y el ser terciá repetida
En los viejos y en los tontos;
Que es un dulce, es indudable,
Lector, amigo, mi todo,
Y aunque á mí me gusta mucho
No por eso soy goloso.

II.

(4 sílabas.)

Segunda y cuarta será
Lo que solo ellas nos digan,
Por ejemplo, un animal,



PUENTE COLGANTE SOBRE EL TAJO, EN EL REAL SITIO DE ARANJUEZ.

echan en remojo en ella durante dos ó tres horas los objetos que se quieren colar, cuidando de que la vasija esté tapada tan herméticamente como sea posible. Después se sacan dichos objetos, se lavan, se enjuagan y se secan como siempre. La blancura que da á la ropa esta lejía es indecible. La misma lejía puede servir otra vez, añadiéndola 25 gramos de trementina y 25 gramos de amoníaco, pues estas dos sustancias son las que se evaporan.

La solitaria.—Vivir oculto es vivir feliz, ha dicho Ovidio. No envidie V. á los habitantes de las ciudades populosas, cuya existencia es un continuo torbellino. Supuesto que la suerte la obliga á vegetar entre esas rocas, busque V. recursos en sí misma para combatir el tedio y soportar con ánimo esforzado lo que considera su desgracia.

Creame V.: el hombre no puede trocar á su antojo el curso de los acontecimientos, así como no puede convertir un monte en valle; pero puede con el valor, la fe y la constancia, embellecer el monte, y que por sus árboles y sus flores se asemeje al valle. La fuente de la dicha está en nosotros mismos, y á nosotros incumbe no cegar sus puras y tranquilas aguas con la impaciencia, el enojo y la tristeza inmoderada.

y las hechuras. Saber economizar oportunamente y con ventaja, es un arte muy difícil, y que requiere mucha prudencia y mucho estudio.

A una amable suscritora.—Hé aquí otra receta para hacer desaparecer las pecas y las manchas del rostro. Se toman fresas silvestres recién cogidas, se machacan y se extienden sobre un lienzo fino, formando una ligera cataplasma que se aplica por la noche sobre el rostro, conservándola hasta la mañana siguiente: se repite la misma operación durante ocho días, y el éxito, según me aseguran, es sumamente lisonjero.

Rosina.—Los capullos de rosa, las miosotis y las lilas son las flores que deben adornar la cabellera rubia de una jovencita, mientras resaltan mas entre los cabellos negros las margaritas y las rosas blancas. A una señora de mas edad convienen los colores fuertes, tales como los claveles, las dalias y los botones de oro.

En los baños de mar.—Los trajes de percal Pompadour deben destinarse para la mañana y las excursiones campestres. Para la comida, los paseos de la tarde y las reuniones de noche, se necesita un traje de seda ó muselina, reemplazando por la noche el sombrero con un lazo ó una flor en el cabello.

Una suscritora prevenida.—Aunque el Otoño está lejos

Y de especie conocida:
Y el caso es que á este animal;
Con agregarle la prima,
Sin que Dios pueda evitarlo
Su propio ser petrifica.
Dúese del triste caso
Una joven bella y linda,
A quien terciá y prima nombran,
Y á quien quiero por sí misma.
La tercera y cuarta es más
Que una planta de las Indias;
Pues como se llama, hay
Apellidos en Castilla.
Con la cuarta y la tercera,
Y en conclusion con la prima,
El nombre formo de un pueblo
De nuestra Asturias querida;
Y con él tambien recuerdo
Otro de albañilería,
Que á la verdad, bien quisiera
Que de España las desdichas,
Para siempre resguardase
En una profunda sima.
Dando fin á mi charada
Con el todo de este enigma,
Que por cierto, nada más
Que un solo nombre publica.

GERÓNIMO COUDER.

Acompaña á este número el figurin iluminado correspondiente á ambas ediciones.

Editor-proprietario: CARLOS GRASSI.

MADRID, 1872.—Tipografía de GREGORIO ESTRADA, Hiedra, 7.